

ESPAÑA PINTORESCA.



ORTEGA

HABITANTES DE CANARIAS.

LAS ISLAS CANARIAS.

ARTICULO 3.º y último.

El espíritu de dominación y de conquista que á mediados del siglo XV agitaba las potencias centrales de la Europa, llevando por todas ellas el estandarte sangriento de la guerra, y haciendo resonar el estruendo de las armas hasta en los ámbitos mismos de los lares pontificios, llegó á hacerse demasiado fuerte, para que los monarcas europeos, entregados á aquel vértigo abrasador, y auxiliados por las investiduras de los papas, se contentasen con los territorios que les rodeaban, y no extendiesen sus deseos al dominio de lejanas é ignotas tierras. Así al tiempo mismo que las armas francesas se enseñoreaban en el norte de la Italia, haciendo ondear sus pabellones sobre las torres de Milan; mientras que Gonzalo de Córdoba ostentaba su denodado valor y bizarría en las guerras de Nápoles; y en tanto que españoles y franceses se disputaban desapiadadamente estas infelices presas de su ambición y su orgullo, la suerte de las venturosas islas Canarias se había decidido ya entre los tronos y las tiaras, y los castellanos aparecían con sed de sangre sobre sus amenas orillas, sobre aquellas risueñas playas que no podían convidar mas que á la paz y á la felicidad, al descanso y á la tranquilidad del corazón.

Y que contraste tan violento no era capaz de ofrecer la aparición de una turba de guerreros armados, en medio de un país de pastores tímidos y pacíficos que vivían apacentando sus rebaños! Porque tal era la primitiva vida de los habitantes de aquel país, denominados *Guanches*, hasta la época de su conquista. Gobernados por reyes elegidos entre ellos, cuyos palacios eran las grutas y cavernas de las montañas; y sus distinciones la mejor ó peor calidad de las pieles de cabras que constituían sus vestidos, viviendo de los frutos naturales y de la leche y carne de sus rebaños, sin mas leyes que las costumbres, ni mas obligaciones que la de procurarse su subsistencia, sirviéndose de toscas murallas de piedra y gruesos maderos para guarecer sus mismas grutas del frío y la lluvia, y hacer andamios en que colocar sus cazuelas y otros utensilios de barro, sin mas arma que sus *magados*, ó lanzas de tea, cuyas puntas estaban endurecidas al fuego, la vida de los *Guanches* si bien oscura y salvaje era por otra parte pacífica y venturosa. Reuníanse en cierta época del año á ofrecer las primicias de todas las frutas y flores al sol, cuyo culto profesaban, escogiendo para esta ceremonia el mas pintoresco y anchuroso valle, donde al rayar la aurora habíase reunido considerable número de jóvenes, niños y ancianos de ambos sexos, ostentando á porfía sus abundantes ofertas. Y cuando la muerte cortaba el hilo de sus vidas, embalsamaban con religioso respeto á los difuntos casi de la misma manera que en Egipto, colocando estas momias ordenadamente en ciertas cavernas, después de practicar en ellas operaciones que fuera largo describir, y sobre las cuales la oscuridad de la historia tampoco nos ofrece por otra parte noticias tan ciertas como fuera de desear.

El adelantado Alonso de Lugo es el primero que presentándose en la isla de Tenerife, llena de espanto el corazón de aquellos inocentes pastores, que por su des-

ventura habían de ver realizados todos los temores que escitó en su ánimo la aparición de unos hombres, que así se presentaban armados entre ellos, y les hostilizaban sin razon: ellos, no obstante, se aprestan al combate con sus rudas armas á las órdenes de su valiente Rey Bencomo, y dos sangrientas peleas, de las cuales la primera les ofrece una falaz victoria, yerman sus campos y amontonan en ellos cadáveres de isleños, asegurando en la segunda á los conquistadores su sumisión, ó mejor dicho, su ominosa esclavitud. Aun se conservan entre la Laguna y la Orotava los nombres de la *Matanza* y la *Victoria* puestos á aquellas aldeas ó poblaciones campestres, en cuyas llanuras se verificaron los combates. Nuevo contraste, el mas singular del universo! La campiña mas pintoresca de la isla, el paisaje mas ameno y vistoso de ella, donde los montes, los campos, las laderas, los pueblos, el anchuroso mar, el hermoso y nacarado azul del cielo, todo se reúne para formar un cuadro encantador, llevar el sangriento nombre del combate, la desolación, y la ruina... ¡Con cuanta razon, ausentes de aquel país, podríamos recordar ahora con Virgilio aquellas palabras de Eneas.

... Et campos ubi Troja fuit.

Y los campos dejé donde fué Troya!

Y no seremos nosotros por cierto los que creamos, como creen algunos, que los *Guanches* eran felices en aquel estado de barbarie, hasta el punto de no necesitar nada para su dicha: no seremos tampoco los que desconozcamos las ventajas de la civilización, y la diferencia inmensa que media entre una corte tal cuales eran las del siglo XV, y una turba de salvajes vestidos de pieles y escondidos en las grutas de los montes; no negaremos por lo mismo los beneficios que civilizándoles pudiera haberseles hecho á los primitivos habitantes de Canarias; pero de esto á entrar á fuego y sangre en un país, cuyos moradores no habían cometido delito alguno; sombrar su suelo con sus mismos cadáveres; y rendidos ya bajo la palabra de que serían libres y vivirían en su país, traerlos á la corte de las Españas, y de esta á Venecia y Roma, para enseñarlos como objetos de mofa y de ludibrio, contándose entre los presos el valiente rey Bencomo que había sostenido denodada y valerosamente la independencia de su país, hay una inmensa distancia: y esto último no podrá nunca considerarse como un trofeo, sino como una acción cruel y villana, que solo podría explicarse abriendo y recorriendo una por una las sangrientas páginas que nos ofrece la historia belicosa del siglo décimo quinto.

Y no se crea que fué solo Tenerife el teatro de estas escenas. A su conquista, que aseguró la sumisión de las islas afortunadas en 1496, precedió en el mismo año la de *Canaria*, donde los horrores fueron inauditos, donde el hijo que huía á refugiarse en alguna recóndita é ignorada gruta, volvía luego á la suya propia, ausentados los enemigos, para ver amontonados unos sobre otros los cadáveres de sus padres y hermanos, traspasados por la lanza del guerrero español: y treinta y dos años antes se había verificado la de Lanzarote, Fuenteventura, Palma y Gomera por el aventurero Normando Juan de Bethencourt, cometiendo en todas iguales escenas; mientras los naturales del país, los infelices *Guanches*, perseguidos y asesinados, trataban humanamente á sus prisioneros cuando vencían, y aun restituían la libertad á aquellos que lograban interesar su corazón. No parece sino que era á los conquistadores de las Canarias, á los que hablaba Tibulo cuando dijo:

Quis fuit horrendos primus qui protulit enses!
Quam ferus et vere ferreus ille fuit!

Y si á esta triste reseña de la antigua historia de Canarias quisiera el lector que le añadiésemos algunos detalles sobre cuanto las islas puedan ofrecer en memoria de los infelices *Guanches*, le diremos, con harto sentimiento, que hollada su memoria en su mismo país, han servido para beneficiar los campos, las momias y restos de ellas que se han encontrado en cuevas accesibles, al paso que se hallan intactas, así estas como los demás utensilios é instrumentos guanchineses colocados en las que son inaccesibles, y de las cuales hay varias en las altísimas montañas de la Gomera, en las que se nota la particularidad de estar casi totalmente cerradas con una mala pared, hecha sin duda por los que quisieron respetarse aquella mansión de difuntos, ó quizás por los vivos mismos, que huyendo de los enemigos se refugiaron y escondieron en ellas. En Tenerife, y sobre todo en ciertas partes de la isla, le enseñarán á cada paso al viajero grutas de esta clase, abiertas y reconocidas, aunque de difícil y peligrosa subida (1). En aquellos monumentos de soledad y silencio solo verá internarse alguna cabra montés, algún cuervo, ú otra ave de siniestro agüero, que con ronco graznido parece entonar una lúgubre canción á las ánimas de los que allí finaron. O bien el arrullo sordo del viento que al rebramar en aquellas alturas, recuerda los tétricos versos del Tasso:

Treman le spaziose atre caverne

El' aer cieco á quel rumor rimbomba.

Hé aquí todo lo que podemos decir al lector sobre la historia de Canarias; y seguramente que si salvado un ligero periodo de prosperidad para el país que ha alcanzado aun una parte de este siglo, hemos de examinar el estado en que en la actualidad se encuentran, no es mucho mas lisonjero el cuadro que á su consideración podremos ofrecer. Hubo, sí, un tiempo no muy remoto, como hemos dicho, en que los vinos de Tenerife, artículo principal de su riqueza, tuvieron una gran estimación en los primeros mercados de Europa, especialmente mientras duró la guerra continental, en cuya época llegó á valer la bota ó pipa de mosto mas de un *decuplo* de su valor actual; pero á las causas que en el artículo anterior indicamos haber originado la decadencia de este comercio, se ha agregado últimamente una que acabará de hacer enteramente nula la circulación de los vinos canarios. La Inglaterra, que era la nación que los exportaba, ha celebrado un tratado con el Portugal, por el que rebaja seis libras esterlinas en los derechos de introducción de los vinos portugueses, en cambio de la libre importación de los algodones ingleses en aquel reino: abaratación de esta suerte en el mercado inglés los vinos de Portugal, los de Canarias cesarán de consumirse en aquel país, mientras los habitantes de estas islas admiten y se visten casi exclusivamente de los algodones ingleses.

La cochinilla, esa preciosa producción que hablamos también en el anterior artículo, iba sosteniendo la decadencia del comercio Canario en los mercados espa-

ñol y extranjero; pero se le ha impuesto para su introducción en España una contribución que excede del 25 por 100 de su valor, y que si llega á hacerse efectiva, anulará asimismo la circulación de aquel género.

Véanse aquí las causas principales del decaimiento en que se encuentran las islas Canarias, en otro tiempo ricas, hoy gravosas á la misma corona, de la cual pudieran ser las mejores joyas. Véanse aquí también las causas de esa emigración á las Américas, que la falta de medios de subsistencia, unido á los engaños que sufren los Canarios de parte de los patrones de barcos de aquel país, pintándoles el paraíso y la suprema felicidad, por tal de cargar sus buques de pasajeros, y acaso, acaso, la falta de vigilancia en las autoridades marítimas de las islas, ocasiona á estas la pérdida de sus mejores hijos, y á los emigrados desgracias, cuya pintura, por demasiado triste, omitimos en este lugar. Baste decir que no pocas veces naufragan los buques por el excesivo número de gente que en ellos se conduce, y que el país ha llegado á mirar ya como un bien esa lastimosa emigración, porque de otra suerte perecerían de hambre los que no hallasen donde ganar su subsistencia.

Al gobierno supremo de la nación nos dirigimos ahora, esperando que tienda una mano protectora á las islas Canarias, y que las ausilie cuanto ellas merecen, cuanto valen los tesoros que encierra su suelo. *Tenerife* ostenta la riqueza de su cochinilla, sus ricos vinos de Buenavista y las Arenas. *Canaria*, sus buenos tejidos de hilo, en los que á par de Tenerife adelanta de día. *La Palma*, sus fábricas de seda, donde se dá á esta una fortaleza, una belleza y un negro tau duradero como en pocos países, y que es tanto mas extraño cuanto carecen de muchas máquinas necesarias para su perfecta elaboración. *Lanzarote* ofrece sus dulces y almivarados frutos, en particular el moscatel, las pasas y los garbanzos, como asimismo los camellos, animal que hace en Canarias el oficio de los carros de conducción entre nosotros. *Fuenteventura* la barrilla, y también la orchilla que cogen sus naturales á riesgo de su existencia, descolgándose por medio de una sogá en hondísimas cavernas, y por la parte exterior de elevados peñascos que amenazan desgajarse. *La Gomera* sus abundantes cosechas de seda en rama, la pesca del atum, y sus exquisitos dátiles, mejores que los de todas las demas islas. *El Hierro*, miserable peñón con cuatro millares de habitantes, ofrece poco notable; y sin embargo la geografía astronómica le ha hecho célebre, colocando en él por mucho tiempo el meridiano fijo para los cálculos de longitud, hasta que varió el motivo de esta colocación con el descubrimiento de las Américas.

¿Por qué, pues, no ha de interesarse el gobierno por la suerte de las Canarias, examinando los males que las aquejan, y procurando su remedio? ¿Por qué no había de exigir de la Inglaterra la misma protección á los vinos canarios que á los portugueses, toda vez que en ellas se admiten los algodones ingleses? ¿Por qué no establecer un vapor, que circulando por las islas exportase sus frutos á España en cambio de metálico, y activase su decaído comercio? ¿Por qué no atacar radicalmente esa triste emigración que desola y aflige aquel país? — No nos toca ciertamente en este lugar el ocuparnos de cuestiones administrativas, proponiendo y desenvolviendo los medios de mejorar la suerte de las islas Canarias; pero hemos creído de nuestro deber llamar la atención del gobierno hácia su triste estado, no siendonos posible estendernos mas sobre este importante punto, atendidos los estrechos límites á que debemos ceñir un artículo de esta especie.

(1) Preguntan algunos cómo subirían los Guanches á unas cuevas tan elevadas, y que ahora no pueden escalar por mas esfuerzos que se hagan. Pero para responder á esta pregunta basta tener en cuenta lo mucho que los barrancos han socavado la tierra y descarnado las montañas en estos tres siglos.

No sabríamos, sin embargo, terminar nuestra tarea, sin tributar un homenaje de consideración y gratitud á Mr. Berthelot, naturalista francés, que despues de haber estado muchos años en Canarias, acaba de publicar una preciosa obra bajo el título de *Histoire naturelle des isles Canaries*, la que además de cuatro tomos en folio de testo, redactado con erudicion y conciencia, contiene otros dos de cartas geográficas, hermosas vistas del pais, y objetos de historia natural, perfectamente dibujados y grabados. — Solo el escesivo amor á un pais pudiera mover la pluma de un escritor á darle la importancia á que Mr. Berthelot eleva las islas Canarias, las cuales no podrán recompensar nunca bastantemente los estudios y trabajos que aquel erudito escritor parece haber empleado en su redaccion.

Animados nosotros del mismo amor hácia las islas Canarias, ya que no nos sea posible darlas á conocer en nuestro suelo con unas noticias como las que ilustran la obra de Mr. Berthelot, nos damos el parabien por esta importante publicacion, deseando que la época de ella marcasse tambien el principio de la nueva vida del comercio en las islas Canarias, la sólida prosperidad de este hermoso pais, y su futuro engrandecimiento.

JOSÉ MARÍA ANTEQUERA.

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.

LOS AVILESES.

(Véase el grabado en el número anterior.)

Muy escasas noticias podemos dar á nuestros lectores respecto á los usos propios y trajes característicos de los naturales de la provincia de Avila, y parece increíble que apenas nos sean conocidos pueblos que confinan casi con el término de Madrid; tan escasas son aun las comunicaciones frecuentes en el interior de España, y tal es la pereza que limita el círculo de nuestro comercio, de nuestro estudio, de nuestra curiosidad.

En el artículo inserto en el Semanario del domingo 13 de noviembre, se hizo una rápida reseña de los objetos mas principales que encierra la capital de esa olvidada provincia, é indicamos su importancia histórica y artística.... ¡cuántos aun no se nos quedaron en la memoria, y cuántos mas todavía yacerán ocultos en aquellos pueblos sin que el pincel del artista, ó la pluma del escritor los haya designado á la atencion general! Seguros estamos de ello, pero por nuestra parte solo podemos contribuir, aunque escasamente y con mucho trabajo, á escitar de vez en cuando el interés hácia nuestras respectivas provincias, y señaladamente hácia las menos conocidas, como esta de que hoy tratamos, y las que componen los antiguos reinos de Leon, Galicia, Asturias y Extremadura, de donde apenas en siete años de tarea hemos recibido una ú otra ligerísima noticia, donde apenas contamos un suscriptor por cada cincuenta leguas de estension. Pero esto se quede para mayores esplicaciones que demos en otro artículo, mezclado de

datos estadístico literarios, que no serán de poca utilidad, cuando no de grato desengaño á los que calculando el número de lectores por el de los que escriben, se lanzan cada dia á encender nuevas antorchas con que dar luz al pais, que por lo visto se contenta con la del sol.

El traje ordinario de los avileses participa del de los montañeses de Leon y de los charros de Salamanca, y puede ser de los que mas han conservado el carácter de sencillez y gravedad de los antiguos castellanos. Consiste en los hombres en un sayo de cuero llamado el *colete*, semejante al que solemos ver en las pinturas de los soldados del siglo XV, la camisa atacada al cuello, y este bordado por el estilo de la de los reyes católicos, calzas y polainas como en el resto de Castilla, y rematando el todo del traje con el ancho y desairado sombrero de los tercios de Flandes. Las mujeres usan una saya ó *manteo* las mas veces muy hueco y plegado todo al rededor, guarnecido siempre por la parte baja de una ancha cinta de terciopelo de color mas oscuro que el manteo, á que llaman *la tirana*. Al cuello suelen echar una especie de pañuelo con festones y bordados á que llaman *dengue*, y otro fino de seda graciosamente tendido sobre la cabeza, y solo sujeto por el sombrero, el cual es mas pequeño y airoso que el de los hombres, aunque de copa y ala tendida. Las ricachas de los pueblos suelen añadir á todo esto muchas medallas y cruces de plata, y el delantal ó *mandil* de una tela llamada *de relumbron*.

Tan sencillos como en el traje son aquellos naturales en sus usos y costumbres, diferenciándose apenas de los demas castellanos viejos y nuevos, aunque participando de ambos. Los mas notables de estos usos son los que acompañan á las bodas, que consisten en algunas ceremonias de remoto origen. Por ejemplo, si la novia es de distinto pueblo que el novio, este no puede entrar á verla sin haber pagado á la moza una cuartilla de buen vino; y llegado el dia de la boda, el susodicho novio, acompañado de su padre, padrino y *mozo de novio* (que es una especie de testigo en aquellos dias) y demas convidados, se encaminan al lugar de la novia, la cual sale de su casa con sus padres, madrina, *moza de novia* y convidadas, y ambas comitivas se encaminan á la iglesia en donde se desposan, y luego todos montan en borricos, mulos y caballos, y marchan al lugar del novio á *comerse la boda* (que así se dice). La comida generalmente se compone de carne cocida y guisado de ovejuna, amen del indispensable plato por barba, de arroz con leche, y muchísimo vino; á este banquete asiste el cura y el escribano del lugar, y concluido que es, el escribano se sienta junto á una mesa con una bandeja donde todos los concurrentes vienen á dar la enhorabuena, y echar los regalos de boda, compuestos por lo regular de ropas de mesa y cama, medallas y otros adornos de vestir. Concluida esta ofrenda, empieza el baile, y todos los concurrentes tienen accion á dar una vuelta con la novia mediante el tributo de *un cuarto ó dos* que se pregonan al son del tamboril.

Las romerías de estos sencillos pueblos son alegres y entretenidas, siendo la principal la de la *Virgen de Son Soles*, junto al mismo Avila, en la cual era costumbre (y no sabemos si lo será todavía) que cada año uno de los ganaderos debia hacer la funcion, y se le designaba con el nombre de el *escuadra de este año*. La comida el dia de la fiesta se servia en el suelo, tendiendo treinta ó cuarenta varas de tela, y otras tantas transversalmente en forma de cruz, al rededor de la cual todos se sentaban á despachar la consabida racion de vaca, oveja, y arroz con

leche. El *escuadra*, con el cura que había oficiado, y algunos sacerdotes y otras personas principales de Avila, conservaban el orden en los festejos, y concluidos estos volvíen todos en procesion, como fueron, llevando al frente el *escuadra* el estandarte de la Virgen y una gran banda en el pecho.

Rápida ojeada

SOBRE

LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL.

(Conclusion. Véanse los cuatro números anteriores.)

EPOCA ACTUAL.

LLEGAMOS al último periodo de esta rápida reseña, y con él á lo mas delicado de nuestra tarea; porque tratándose del estado del teatro nacional en el siglo presente, y habiendo de tomar en cuenta los trabajos de autores beneméritos, con todos los cuales nos une la mas cordial amistad, luchamos con el escollo de aparecer parciales en demasia, y fuertemente dominados por las preocupaciones, y el modo de ver del siglo actual.

Por fortuna, nuestro objeto en este ligero bosquejo no vá tan allá que nos obligue á entrar en un análisis concienzudo de los autores y sus tareas. Simples coronistas, nos limitamos por ahora á señalar su paso en el orbe literario, y suministrar algunos materiales á los que vendrán despues á fijar con mas imparcialidad que nosotros pudiéramos, el mérito y los defectos respectivos de cada autor.

Queda ya indicado en el artículo anterior, el estado en que el teatro español se hallaba al empezar el siglo XIX. Olvidadas y hasta injustamente vilipendiadas las glorias de nuestros dramáticos del XVII; pasada tambien la época de lucha, de confusion y mal gusto que durante el siguiente había sido un verdadero escándalo literario; fuertemente apoyados los ingenios modernos con el ejemplo del teatro clásico de Molière y Racine; avasallado, en fin, el gusto del público con la gran autoridad de algunos autores privilegiados, MORATIN llevaba ya sin contradiccion el cetro de Thalia, y QUINTANA había conquistado con su *Pelayo* el puñal de Melpomene.

Escasos eran en verdad los frutos que esta nueva escuela brindaba á las lozanas é indomables imaginaciones españolas, acostumbradas á marchar libres de toda traba por el ameno y dilatado campo de la fantasia. Difícil empresa se presentaba ya la de hacer una comedia con un objeto filosófico, con caracteres verídicos, con situaciones y dialogos naturales, á los que estaban acostumbrados á producir á docenas los enredos fantásticos, los personajes hiperbólicos, las pomposas relaciones y los coros á cuatro voces. Faltándoles toda esta bataola con la cual habían logrado durante un siglo adornar á un público estragado, ¿qué podían ofrecerle, ellos, que no creían que el teatro tuviese mas objeto que el de una

pura diversion; ellos, que pensaban llamarse poetas porque sabían de memoria el Rengifo, para poner en coplas las novelas de Pamela Andrews y de Pablo y Virginia, los amores de Júpiter ó los triunfos de Genghiskan?

La comedia nueva de Moratin fué el D. Quijote de estos malandrines dramáticos, y miserables endriagos. El pueblo español que la aprendió de memoria, se la repetía á todas horas con aire socarron, y á poco que esto duró, acabó por dar con sus escritos en la droguería, con sus autores en la cama de un hospital.

La escasez, sin embargo, de obras originales era tal, que apenas en los primeros años del siglo que precedieron á la guerra de independencia, nos señala la crónica mas que las cinco piezas de MORATIN, algunas de *Doña Rosa Galvez*, de *Meseguer* y de *Castrillon*, y las tragedias *La condesa de Castilla*, *Zorayda*, *Idomeneo* y *Pitaco*, de CIENFUEGOS, que no creemos llegasen á ser representadas; *La Egilona* de Vargas Ponce, *Las Troyanas*, del duque de Híjar, y alguna otra hasta las dos de QUINTANA, *El duque de Viseo* y *Pelayo*. Pero en cambio las traducciones de los modernos repertorios francéés é italiano eran diarias, y hechas ya con buen gusto en la eleccion y esmero en el desempeño. *D. Felice Enciso Castrillon*, *D. Dioniso Solís*, y *D. José María de Carnerero* eran los poetas que por entonces dieron á conocer al público español las mejores comedias y tragedias de aquellos teatros, y es fuerza convenir en que supieron hacerlo generalmente con buen criterio y mereciendo el aplauso general.

La manera de declamacion, y hasta el aspecto material de los teatros había cambiado tambien notablemente, y para acabar de consolidar el gusto dominante, el cielo hizo brillar uno de aquellos grandes genios que aparecen rara vez en la escena, y que dejan honda huella en los recuerdos de toda una generacion. Hablamos del gran actor ISIDORO MAIQUEZ, que por entonces empezó á conquistar los inmortales laureles con que aparece coronado en el templo de las artes.

La rigidez de la escuela clásica, la suspicacia de la censura, y los disturbios políticos, no prestaban, pues, á los autores ocasion para ofrecer obras originales á aquel grande actor; pero en cambio brindábanle diariamente con los mas escogidos frutos de las plumas extranjeras; y las grandes creaciones de *Shakespeare*, *Racine* y *Alfieri*, en la tragedia sublime; *Picard*, *Collin d'Harleville* y *Fabre d'Eglantine* en la comedia moderna, tuvieron un digno intérprete en la lengua de Cervantes y Calderon.

Rivalizando con *Talma* hasta en su mismo repertorio trágico, hizo populares entre nosotros el *Otelo* de Ducis; el *Orestes* y la *Roma libre*, de Alfieri; el *Oscar* de Arnaud; el *Orosman*, de Voltaire, el *Cainé* Legouvé y el *Rodrigo* de Corneille. Y modificando luego su singular talento, y plegándole á todas las exigencias de la escena, supo dar una gran importancia á las comedias de *El vano humillado* de Destouches; *Castillos en el aire* de Fabre d'Eglantine. *El Celoso confundido* de Campistron, y hasta las operetas ó *vaudevilles* tan insípidos como *El califa de Bagdad*. Además, para probar que sabía dominar hasta la perfeccion todos los géneros, acertó á crear al mismo tiempo la verdadera, la única escuela de declamacion del drama español, cuando le plugo trasladar á sus labios. *El García del Castañar*; *El Rico hombre de Alcalá*; *El Tejedor de Segovia* y el *Mejor alcalde el rey*. Hombre singular, nacido espresamente para cumplir una revolucion en la escena, tan completa por lo menos como la que se obraba por aquel tiempo en las costumbres y en las leyes del país.

Los sucesos públicos y los desastres de la guerra habían alejado de la escena literaria y lanzado á la política á todos los ingenios de la época, y el teatro moderno español moría en su infancia por falta absoluta de sustento: pero concluida que fué la guerra, no faltó quien tomando por base de partida la última comedia de Moratin (*El sí de las niñas*, escrita en 1807) aspirase á continuar una escuela que ya el público había adoptado, y que de tan altos lauros había colmado á su autor.

Entre los varios ingenios que aspiraron por entonces á la gloria de continuadores de *Inarco Celenio*, la voz pública designó claramente á *D. Manuel Eduardo Gorostiza*, autor de cinco ó seis piezas calcadas sobre aquel modelo, entre las cuales las de *Indulgencia para todos* y el *D. Dieguito*, merecieron un aplauso unánime, y aun hoy son escuchadas con aprecio.

Don Francisco Martínez de la Rosa, que tan importante papel hacía en la política, aun antes que el mismo Gorostiza había dado el ejemplo de continuar la comedia Moratiniana, pues que ya en Cádiz en 1814 se representó la suya titulada: *Lo que puede un empleo*; linda producción que aunque tomada por de circunstancias, señala claramente el privilegiado ingenio de su autor; el cual luego mas tarde, y cuando las mudanzas políticas le trajeron de su destierro, dió en *La niña en casa* y *La madre en la máscara*, otra comedia aun mas importante, y que puede colocarse al lado de las de su ilustre modelo.

En aquellos diez años desde 1814 á 1824 muchos otros pretendieron también disputar la máscara de Talía: pero todos quedaron muy inferiores á los dos citados, distinguiéndose rara vez en la comedia el *marqués de Cagigal* (Aristipo Megareo), autor de varias comedias, entre las cuales no dejaban de ser notables *El matrimonio tratado* y *La sociedad sin máscara*; *D. Javier de Burgos*, que pretendió en la de *Los tres iguales* reunir el rigorismo de las reglas clásicas, y el enredo y versificación del antiguo teatro español, y *D. Dionisio Solís*, mas conocido por sus excelentes traducciones, y por sus refundiciones de Lope y Tirso, que por sus dramas de *Camila*; *Tello de Neyra*; *La familia árabe*, etc.

La tragedia clásica también era por entonces pobremente cultivada, y los mismos Sres. Martínez de la Rosa y *D. Angel Saavedra* (que tan elevado puesto han sabido adquirir despues), se hubieron de limitar en aquellos años á los dos ensayos de *La viuda de Padilla* y *Lanuza*, que no son otra cosa que tributos pagados á las circunstancias políticas de la nación.

Todos estos autores fueron envueltos en la segunda proscripción originada por la contrarrevolucion de 1823; sus obras y hasta su nombre prohibido; y el teatro y la literatura entregados de nuevo á manos de la mas implacable censura, ó abandonados al olvido mas desdenoso. En la carencia absoluta de autores, y hasta en la imposibilidad de haberlos por aquellas causas, el antiguo repertorio de *Tirso*, *Lope de Vega* y *Moreto*, fué el recurso benéfico de nuestros comediantes, los cuales cultivando felizmente los buenos recuerdos de Maíquez, supieron presentar con notable perfección muchas y muy bien escogidas comedias de aquellos célebres autores, olvidadas durante siglo y medio, y que acaso en su mismo tiempo no fueron representadas con tanta inteligencia como consiguieron serlo en el nuestro por las señoras *Baus* y *Vürg*, los Sres. *Carretero*, *García Luna* y *Cubas*.

Tocaba, pues, á los hombres nuevos, á los jóvenes estudiosos, la importante tarea de suplir la ausencia de los ingenios ya conocidos, de alimentar aquel fuego

sagrado que á impulsos de la intolerancia parecia apagarse ya.

Don Antonio Gil y Zárate y *D. Manuel Breton de las Herreros*, fueron los dos que primeramente osaron dar un paso hácia tan noble objeto, y luchar con los obstáculos, con las censuras, con la ignorancia, y lo que es peor, hasta con la indiferencia general. El primero de los dos había ya compuesto en 1822 sus dos piezas tituladas: *¡Cuidado con las novias!* y *El entremetido*, ambas al gusto francés y con sus ciertas reminiscencias de Moratin, las cuales apenas consiguieron llamar la atención del público hácia su modesto é ignorado autor. El nombre del segundo (*Breton de los Herreros*) apareció por primera vez en los carteles del teatro el día 14 de octubre de 1824, anunciando su comedia titulada *A la vejez viruelas*, que fué escuchada con interés.

Ambos continuaron con ahínco la noble tarea que se habían impuesto, y ya trasladando á nuestra escena las mas notables producciones contemporáneas del teatro francés, ya produciendo algunas suyas, cultivando siempre los recuerdos clásicos, siguieron por mas de diez años trabajando con constancia, para volver á llamar la atención del público hácia el teatro y los autores dramáticos.

De los trabajos mas importantes del *Sr. Gil* en aquella época, fué la comedia en cinco actos, titulada *Un año despues de la boda*, interesante y esmerada composicion la mas notable de su autor en lo que podremos llamar su *primer manera*, y que conservando la sencillez del plan y el objeto moral de las de Moratin, aspiraba á cierto grado de elevación en el tono, á pintar una sociedad un tanto mas elegante, aunque mas reducida y menos original.

El *Sr. Breton*, dando desde luego muestras de esa gran fecundidad y constancia de que le ha dotado el cielo, ofreció también por entonces otras dos comedias muy notables, *Los dos sobrinos* y *A Madrid me vuelvo*; la primera le adquirió para los hombres de estudio el título de autor dramático; la segunda hizo que el público le saludase con el no menos grato de autor popular. *La Marcela*, ó *¿á cual de las tres?*, representada en 1831, comedia ingeniosa y escrita con sujecion á las reglas, aunque siguiendo en el estilo el buen sabor de nuestros antiguos dramaticos, acabó de fundar la reputación de su jóven autor.

Entretanto que estos escritores y algun otro como *Don Francisco Flores Arenas*, autor de la linda comedia titulada *Coquetismo y presuncion*, cultivaban por acá el arte dramático segun las tradiciones recibidas de sus antecesores, una gran revolucion literaria se obraba en el vecino reino, cuyos ingenios, rebelados contra el no contradicho decálogo de Horacio y Boileau, acababan de levantar la nueva bandera de lo que apellidaron *romanticismo*, y cambiaron en pocos meses la faz de los teatros de Europa.

Nuestros autores presentes, se hallaban á la sazón demasiado intimidados con la censura, demasiado poco apoyados por la opinion, para intentar hacer ensayos peligrosos y alteraciones sustanciales en el orden recibido: pero dos de los primeros campeones de nuestra escena, se encontraban por consecuencia de su destierro en el mismo centro de la revolucion literaria, y al corriente de las nuevas doctrinas y gusto de la época. El *Sr. Martínez de la Rosa*, que en el discurso de su vida literaria ha pisado con acierto las diversas sendas que conducen al templo de Talía; que había seguido honrosamente las huellas de Moratin en la comedia clásica, y que mas adelante se colocó con su *Edipo* en primera línea en la imitacion de la tragedia griega; quiso

también y consiguió tentar con buen resultado el drama histórico moderno, y escribió en francés, é hizo representar en París el *Aben humeya*, y *La conjuración de Venecia*, excelentes composiciones en su línea, que trasladadas mas tarde por su autor á nuestro teatro, fueron las primeras que inocularon al público español el gusto dominante, si bien guardando aquella medida que distingue al carácter de su autor. El Sr. *Saavedra*, también desterrado entonces, y mas avanzado en la exaltación de las opiniones literarias, se afilió sencillamente bajo la bandera de Victor Hugo, y dominado por su ardiente fantasía, lanzó al teatro español el señalado drama titulado *D. Alvaro, ó la fuerza del sino*; el primero propiamente de la escuela romántica que señalan nuestros fastos teatrales.

El efecto producido por esta composición, fue el que era de inferir, de tan grande innovacion. El público y los inteligentes disputaron sobre su enormidad: cual la apellidó una obra sublime; cual la miró como un monstruo dramático; y desde entonces nuestros bandos literarios llegaron á separarse tan distintamente, como los que agitaron á la vecina Francia desde la aparición del *Hernani* en 1830.

Pero la señal estaba ya dada, y la revolucion literaria, auxiliada por la política, ganaban largo trecho en la opinion, en términos que cuando al año siguiente (1836) apareció en la escena *El Trovador*, primer drama de un joven hijo de la época, y escrita con arreglo á las exigencias de ella, el público español saludó á su autor *D. Antonio García Gutiérrez* con la mas nueva y señalada ovacion que hasta allí habia ofrecido la época actual.

Otro joven, también nuevo en la carrera, se presentó muy luego á compartir los laureles del autor del *Trovador*. *D. Juan Eugenio Hartzenbusch*, en su excelente drama titulado *Los amantes de Teruel* descubrió desde luego, no solo su ingenio peregrino, y la riqueza de su imaginación, sino también la mas esquisita prudencia para no dejarse arrastrar á notables extravíos, sabiendo combinar en sus obras dramáticas lo que la razón y el buen gusto exigen de todas las escuelas; circunstancia que le ha sostenido desde entonces en muy preferente sitio, y que acreditan todas sus obras posteriores, como *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, etc.

La comedia propiamente clásica, habia, pues, cesado de reinar. En vano la inagotable vena de *Breton* suministraba continuamente á la escena graciosas piezas en que á un enredo sencillo, á una pintura natural de la sociedad privada, del hombre vulgar, sabia unir el interesante chiste de su dialogo, la versificación mas grata y popular. El público apreciaba sus tareas; iba á reir un rato con *El tercero en discordia*, el *Amigo Mártir* y el *Pró y el contra*; aplaudia la intencion moral de *Muñete* y *verás!*, *Una de tantas*, *El cuarto de hora*, y corría despues á pedir á los demas autores sensaciones mas fuertes, obras mas análogas á la agitación exterior de la sociedad.

El Sr. *Gil y Zárate* comprendió esta necesidad del público, y tal vez contra sus propias convicciones, trató de satisfacerla, abjurando su antigua escuela, y lanzándose de lleno en el moderno romanticismo. *Carlos II el hechizado*, representado en 1837, fué la primera y mas señalada produccion de su autor en este género; y parece increíble que el mismo que escribiera las clásicas y aconipasadas tragedias de *Rodrigo y Blanca de Borbon*, pudiera llegar al interés palpitante, á las tumultuosas pasiones, al osado colorido de *Carlos II*. El público español retrocedió pasmado á la vista de tan atrevido cuadro; pero quedó prendado de su novedad, de su interés y de su alta poesía.

Otros muchos autores, todos jóvenes, todos ardientes

apasionados de la nueva escuela, se presentaron en la palestra. El drama histórico, mas ó menos exagerado, se puso á la moda, y apenas quedó poeta que no tomase á su cargo el retratarlos *ab irato* y segun la moda del día, á uno por lo menos de nuestros augustos monarcas, desde Ataulfo hasta la casa de Borbon.

Don Mariano Roca de Togores acertó á escribir un drama heroico, lleno de gala, de sentimientos y de belleza poética, titulado *Doña María de Molina*: *D. Patricio de la Escosura* pintó con gracia y novedad *La corte del Buen-retiro*, y los amores de Carlos V con *Bárbara de Blomberg*: *D. Antonio García Gutiérrez* no fué tan afortunado en el *Rey monje* y otros dramas, como lo habia sido en el *Trovador*. Los Sres. *Maldonado*, *Castro y Orozco*, *Navarrete*, *Díaz*, *Romero* y otros muchos siguieron también la senda ya trazada, en sus dramas de *Antonio Perez y Felipe II*, *Fr. Luis de Leon*, *D. Rodrigo Calderon*, *Baltasar Cozza y Garcilaso de la Vega*. El Señor *Breton* quiso compartir los laureles del drama histórico en su *Fernando el emplazado*, y el Sr. *Gil Zárate* con *Un monarca y su privado*, y *D. Alvaro de Luna* dió á conocer los recursos que le brindan su buen gusto, su juicio y su copiosa erudicion.

Posteriormente á esta primera época, el drama aparece queriendo aproximarse á la comedia antigua, apartándose de la exageración y los horrores de la escuela romántica; y á esta nueva senda le han seguido todos los autores ya citados, y otros que de nuevo han aparecido. El Señor *Saavedra*, hoy *Duque de Rivas*, presentó hace pocos años su drama de *Solaces de un prisionero*; el Sr. *Gil Zárate* su *Rosmunda*, y su *Matilde*; y por último, el joven *Don José Zorrilla*, tan justamente célebre por sus poesías líricas, ha obtenido brillantes resultados en el *Zapatero y el rey*, *Los dos vireyes* y otras varias, que pudieran decirse de la escuela de Rojas y Calderon.

Tenemos pues en actualidad la mas confusa alternativa de todos los géneros, sin que se sepa á punto fijo cual es el dominante.—Tenemos la comedia de caracteres privados, y con las formas clásicas, cultivada constantemente y siempre con éxito por el Sr. *Breton*; el cual en *El pelo de la dehesa* ha dado hasta ahora la mejor de sus muchas producciones.—Tenemos la comedia de sentimientos y de caracteres populares, intentada por el mismo *Breton* en la *Batelera de pasajes*.—Tenemos el drama histórico y trágico bien cultivado, como el *Alfonso el sabio* del señor *Hartzenbusch*, y *Guzman el bueno de Sir*. *Gil*.—Tenemos la comedia de costumbres políticas, intentada por ambos autores en las de *Primero yo*, y *Un amigo en candelero*.—Tenemos la comedia calderonica imitada por el Sr. *Zorrilla*; y las ingeniosas y risueñas piezas de Cruz, por el joven *D. Tomas Rodriguez Rubí*, quien también ha logrado cautivar al público en comedias de mas importancia y en todos los otros géneros; hasta en el momento presente se nos anuncia ya como próxima la restauración de la tragedia clásica con el *D. Sancho García*, de *Zorrilla*; solamente ha desaparecido el drama venenoso, los caracteres patibularios, y repugnan ya en la escena las *Lucrecias* y los *Ángeles*, que pretendieron avasallar la exclusivamente.

Sin embargo, á pesar de esta fecundidad, el teatro moderno español no ofrece aun originalidad ni fijo pensamiento; en medio de tantos bellos cuadros poéticos, históricos y de caracteres privados, creemos que la actual sociedad española está aun por retratar; verdad es que ella misma adolece de aquella falta de originalidad, y lo prueba la facilidad con que consiguen carta de naturaleza en nuestro teatro las producciones de *Scribe* y demas escritores franceses.

Hay sin embargo caracteres y situaciones propias, que aun nos parecen brindar recursos á la pluma del escritor nacional, pero es preciso para ello estudiar con conciencia la marcha del siglo, apoderarse de las pasiones dominantes, prescindir de los recuerdos, y sobreponerse tal vez á las preocupaciones vulgares. Ahora no tiene el poeta mas censura que la de la opinion; pero la opinion suele á veces ser mas tirana que la mas implacable censura: no tiene reglas fijas que deber acatar; pero tiene por lo mismo que estudiar mas y mas las eternas de la razon y de la verdad: no tiene en fin que luchar con la desdenosa indiferencia del público y las empresas teatrales; pero estas mismas repetidas demostraciones, deben hacerle mas cauto para dejarse oír, de quien de antemano le escucha y le festeja; para consultar á su conciencia mas que á su amor propio, y para considerar que en tiempos como los presentes, en que suena en el desierto la voz del sacerdote, la lección del preceptor, y hasta la arenga del tribuno, la voz del poeta dramático ha adquirido mayor importancia, no bastándola solo tejer un ingenioso enredo impregnado de amor y de poesía, ni pintar caracteres y situaciones triviales del hombre privado, ó episodios inverosímiles de una fantástica historia.—Mas alta á nuestro modo de ver es su misión. Estudiar las pasiones dominantes, seguir al hombre á la plaza pública, ver allí la lucha de las ambiciones desencadenadas, de los recuerdos que se disipan, de las ilusiones que desaparecen; mirar como se truecan las antiguas costumbres, los añejas vicios, por otros nuevos con diversos nombres aunque idénticos en el fondo; arrancar en fin esta nueva máscara del ser humano, y ofrecerle en la escena el eterno espejo de la verdad, el espejo de *Cervantes* y *Moliere*, esto es lo que á nuestro modo de ver cumple hoy mas que nunca al escritor dramático; y cuenta, le repetiremos con uno de los mas célebres poetas del siglo, que si en otro tiempo podía decir «el público me escucha» ahora debe pensar «que le escucha el pueblo.»

R. DE MESONERO ROMANOS.

COMEDIAS ORIGINALES ESPAÑOLAS DESDE 1823 A 1843 Y NOMBRES DE SUS AUTORES.

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

¡Lo que puede un empleo!—La viuda de Padilla, tragedia.—La niña en casa y la madre en la máscara.—Morayma, tragedia.—Abenhumeya ó la rebelión de los moriscos.—La conjuración de Venecia.—Edipo, tragedia.—Los celos infundados, ó el marido en la chimenea.—La boda y el duelo.—El español en Venecia.

DON ANTONIO GIL Y ZARATE.

¡Cuidado con las novias!—El entremetido, ó las máscaras.—Un año despues de la boda.—Rodrigo, tragedia.—Blanca de Borbon, tragedia.—Carlos II el hechizado.—Rosmunda.—Don Alvaro de Luna.—Un monarca y su privado.—Matilde, ó á un tiempo dama y esposa.—Masaniello.—Guzman el bueno.—Un amigo en candelero.

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

A la vejez viruelas.—Los dos sobrinos ó la escuela de los parientes.—A Madrid me vuelvo.—Marcela, ó ¿á cuál de los tres?—Un novio para la niña ó las casas de huéspedes.—Un tercero en discordia.—Otro diablo predicador.—Todo es farsa en este mundo.—La falsa ilustración.—El hombre gordo.—El triunfo de la inocencia.—El templo de la gloria.—El plan de un drama.—La comparsa de repente.—Me voy de Madrid.—La redacción de un periódico.—El amigo mártir.—Muérete y verás.—Don Fernando el emplazado.—Una de tantas.—Medidas extraordinarias.—Las improvisaciones.—El ¿qué dirán? y el ¿qué se me dá á mí?—Flaquezas ministeriales.—El pró y el contra.—El hombre pacífico.—El poeta y la beneficiada.—No ganamos para sustos.—Una vieja.—Vellido Dolfos.—Ella es él.—Un día de campo, ó el tutor y el amante.—El novio y el concierto.—Pruebas de amor conyugal.—El cuarto de hora.—El pelo de la dehesa.—Dios los cria y ellos se juntan.—Lances de carnaval.—La ponchada.—Cuentas atrasadas.—Mi secretario y yo.—

¡Qué hombre tan amable!—La pluma prodigiosa.—La batelera de pasajes.—Lo vivo y lo pintado.—El editor responsable.—La escuela de las casadas.

DON FRANCISCO DE FLORES ARENAS.

Coquetismo y presuncion.

DON JAVIER DE BURGOS.

Los tres iguales.—Un baile de máscaras.

DON ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

El duque de Aquitania, tragedia.—Malek-Adel, tragedia.—Lanuza, tragedia.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Tanto vales cuanto tienes.—Solaces de un prisionero.—La morisca de Alhajar.—El crisol de la lealtad.

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

El trovador.—El page.—El rey monge.—Magdalena.—El bastardo.—Samuel.—Dándole.—El encubierto de Valencia.—Zayda.

DON JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La redoma encantada.—La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primer yo.—El bachiller Mendarias.

DON MARIANO JOSE DE LARRA (Figaro).

No mas mostrador.—Macías.

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.

La corte del Buen-Retiro.—Bárbara de Blomberg.—Don Jaime el conquistador.—Higuamota.—La aurora de Colón.

DON MARIANO ROCA DE TOGORES.

Doña María de Molina.

DON MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

El conde D. Julian.—Cerdan, justicia de Aragon.

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

Alfredo.

DON EUGENIO DE OCHOA.

Incertidumbre y amor.

DON JOSE ZORRILLA.

Mas vale llegar á tiempo que rondar un año.—Ganar perdiendo.—El zapatero y el rey, primera parte.—Lealtad de una mujer y aventuras de una noche.—Apotheosis de D. Pedro Calderon.—El zapatero y el rey, segunda parte.—Los dos vireyes.—El eco del torrente.—Un año y un día ó Cain Pirata.—Sancho García.

DON JOSE VILLALTA.

Los amores de 1790.—El astrólogo de Valladolid.

DON LUIS GONZALEZ BRAVO.

Intrigar para morir.

DON FULGENCIO BENITEZ.

Adolfo.

DON JOSE DE ESPRONCEDA.

Ni el tío ni el sobrino.

DON VENTURA DE LA VEGA.

La tumba de Calderon salvada.

DON JOSE DE CASTRO Y OROZCO.

Fr. Luis de León ó el siglo y el claustro.

DON JOSE MUÑOZ MALDONADO.

Antonio Perez y Felipe II.

DON JOSE MARIA DIAZ.

Un poeta y una mujer.—Baltasar Cozza.

DON RAMON NAVARRETE Y LANDA.

D. Rodrigo Calderon.—Emilia.—Elvira de Albornoz.

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.

Garcilaso de la Vega.—Doña Jimena Ordoñez.—La vieja del candilejo.—La fineza del querer.

DON MANUEL JUAN DIANA.

No siempre el amor es ciego.

DON EUSEBIO ASQUERINO.

Doña Urraca.—Gustavo Vassa.

DON FERNANDO COLL.

Adel el Zegri.

DON SANTOS LOPEZ PELEGRIN (Abenamar).

Quien mas pone pierde mas.—Cásate por interés.

DON TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Del mal el menos.—Toros y Cañas.—Ribera ó la fortuna en la prision.—El rigor de las desdichas.—Las simpatías, ó el cortijo del Cristo.—Las ventas de Cárdenas.—Dos validos, ó castillos en el aire.—Detrás de la cruz el diablo.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.

Ayuntamiento de Madrid